
Leonardo Martínez C.

Hacia una reconsideración de la
HISTORIA DEL PERIODISMO
EN MEXICO

La historiografía contemporánea del periodismo mexicano¹ sufre de una incapacidad ante la multiplicación descomunal y acelerada de materiales impresos, de páginas que comienzan a rechazar la numeración, ante la variedad de la cobertura informativa, y la dispersión geográfica; en fin, ante todos aquellos efectos de los beneficios mecánicos, eléctricos, hoy electrónicos y cibernéticos de su producción material, del mandato de las sociedades modernas y del imperativo económico de su manutención.

Los esfuerzos historiográficos que se han enfrentado a estos hechos, nos han ofrecido relaciones generales de muy largos periodos de letra impresa que, por fuerza, adolecen de los detalles propios del ensayo más breve, además de apoyarse con exceso en la historia política de nuestro país al grado de parecer, a veces, su ratificación o rectificación.² Nos hemos favorecido también con ensayos que fatigan un breve momento del periodismo mexicano; es verdad que cubren ciertas lagunas, pero en el balance general, se antojan apuntes aún inconexos.³ Lo antes dicho

1 Entiendo por *periodismo* un sinónimo de *prensa escrita*. Propongo atribuir al concepto su significado tradicional a fin de pensar en el complejo de actividades que otorgaron estatuto histórico al periodismo, y no en las modalidades de su producción material contemporánea. Sin embargo, no olvido los esfuerzos por acuñar un contenido "moderno" de la palabra periodismo. Cfr. Alberto Dallal, *Notas de Investigación*, UNAM, 1988.

2 Un par de ejemplos: Stanley Ross, *Fuentes de la historia contemporánea de México*, El Colegio de México, 1965. Singularmente la introducción al tomo I, *Periódicos y Revistas*; y María del Carmen Ruiz Castañeda, et al., *El periodismo en México. 450 años de historia*, UNAM, 1980.

3 Cfr. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, julio-septiembre de 1982. Existen

cabe particularmente para el trayecto histórico que comienza en el siglo XVIII *La Gaceta de México*, y concluye con la pacificación revolucionaria de nuestro país (la regulación cardenista de la prensa); después, el panorama es una página blanca. Sin embargo, el problema no reside ni en la fragmentación ni en la escasez de investigaciones; esto es apenas un síntoma de una incapacidad decisiva: la ausencia de un criterio que posibilite el estudio del periodismo como una entidad coherente y suficiente por sí misma, y que, al mismo tiempo, permita un marco de exposición concertada a despecho de obstáculos cuantitativos. A la recolección de páginas periódicas deberá preceder una pregunta sobre el periodismo de cuya respuesta dependa la recopilación de esas páginas. Porque no podemos reconocer con precisión relativa, o acordar con éxito discreto lo que es el periodismo, su historia se nos escapa. Admitimos la madurez historiográfica en cualquier ámbito cuando este oficio, el de la historia, no se reduce al compendio de datos, sino que se aventura a la enunciación de problemas fundamentales de la materia estudiada. Cubierto el aprendizaje de los métodos de recolección de información, la historia discute la identidad de su objeto de estudio: en la historia del arte o la historia económica, indagamos el ritmo humano expresado a través de la economía y el arte. En la historia del periodismo, esas cuestiones no están definidas.

La imposibilidad historiográfica del periodismo no es un problema cuantitativo sino racional. ¿Qué es el periodismo? Pregunta para la cual no ha sido ensayada alguna respuesta que contemple los términos de su desarrollo al margen de las traducciones “geométricas” de los hechos positivos.⁴ Sorprendidos por el tránsito vertiginoso que nos conducirá a un sitio del que no tenemos idea clara pero ante el cual sentimos una fascinación que linda en lo irracional, nos hemos sometido a impresiones que explicamos con ingenuidad.⁵

Como prueba de la inmadurez racional con que se mira el periodismo, comentaremos una opinión ampliamente aceptada en la historia de la prensa mexicana.

también trabajos dignos en torno a rasgos específicos del periodismo como su régimen legal. . . Su misma especificidad impide aceptarlos como un cuadro histórico completo de la actividad periodística.

⁴ El argumento de estas páginas considera el estado actual de la prensa escrita; sin embargo, varias aseveraciones podrían ser extendidas a otros dominios de la comunicación moderna y, en última instancia, a la pretendida Ciencia de la Comunicación donde estas preocupaciones alcanzarían estatuto científico. Por otro lado, el entrecomillado pertenece a Gastón Bachelard, *La formación del espíritu científico*, p. 11.

⁵ Cfr. Alberto Dallal, *op. cit.*, pp. 16-17 y Fraser Bond, *Introducción al periodismo*, pp. 17-21-22, 98. En el primero se encuentra una definición de periodismo; en el segundo, puntualizaciones sobre el periodismo y la noticia, siempre elementales a pesar de su utilización en cátedras universitarias.

Un equívoco histórico: El Imparcial

La opinión más difundida acerca de la importancia que tiene *El Imparcial* en la historia de nuestro periodismo, ha sido muy influyente en las ideas en uso con respecto a la actividad periodística en su conjunto; ideas que, lejos de promover una discusión en torno a los rasgos fundamentales de la actividad periodística, la clausuraron debido a la aceptación incondicional del expediente azaroso de sus avances técnicos.

Se considera que con el nacimiento de *El Imparcial* el 2 de septiembre de 1896, periódico tabloide a cinco columnas dirigido por Rafael Reyes Spíndola, caducó una etapa del periodismo en México y, en correspondencia, comenzó otra, próspera y moderna. Más que en el desarrollo, se piensa en la abjuración de una fe y en la subsecuente profesión de otra: renuncia a la voluntad de los mexicanos decimonónicos de discutir y persuadir a través de la hoja impresa; entusiasmo por sumarse a la promesa del progreso.⁶

El Imparcial trastocó varias prácticas que hasta entonces caracterizaban el oficio periodístico en México. Explotó exitosamente el interés despertado por la nota roja; alteró el formato a fin de facilitar la lectura de noticias que además de ganar brevedad se multiplicaron; consiguió el servicio de agencias de información. . .⁷

Todo parece indicar que (. . .) se llegó a separar claramente el periodismo de opinión, el texto crítico del periodismo tradicional, de un nuevo estilo llamado 'diarismo informativo' que según los redactores reporteros sobrevivientes a *El Imparcial*, constituye la verdadera esencia del periodismo.⁸

Casi desde la aparición del diario de Spíndola, quedó reservado para éste el elogio que lo caracteriza como fin y principio del periodismo mexicano o, tal vez pudiera interpretarse sin exageración, línea divisoria entre la falsedad y la verdad del periodismo moderno. Con él concluye la preferencia de los mexicanos por la propaganda doctrinaria y, con él, se abren los felices tiempos de la información industrializada.⁹

⁶ Rafael Reyes Spíndola escribió sin reservas en el primer editorial de su diario, titulado "Qué es un periódico de a centavo": "¿Por qué había de sustraerse el periódico a este movimiento general que tiende a abaratar la existencia?", en Blanca Aguilar, "El Imparcial: su oficio y su negocio", en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, jul-sep. 1982, p. 90.

⁷ Blanca Aguilar, *op. cit.*, pp. 94 y 96.

⁸ *Ibid.*, p. 93.

⁹ "Félix Palavicini (. . .) calificó al periodismo 'a la antigua usanza' como doctrinario y sectario, en comparación con *El Imparcial* que inauguró un periodismo 'a la americana', al que llama *popular* 'creado precisamente para competir con los periódicos doctrinarios. . .'" en Blanca Aguilar, *op. cit.*, p. 89.

Un empresario tan inteligente como Gabriel Zaid explica el elogio de *El Imparcial*. Saluda a Reyes Spíndola como el hombre que fue capaz de lograr un tiraje de 90,000 ejemplares al haber sustituido los “sermone doctrinarios” por noticias; reforma que, junto a otras, evitó “los aburridos resultados” que son “de esperarse de un órgano oficial”.¹⁰ De tal manera que, el acierto de Reyes Spíndola parece consistir en un desplazamiento que lo lleva de ser un vocero de las ideas o las instituciones que fueren, a convertirse en un empresario de la información; camino que lleva en su interior los resortes de la libertad y sus más inesperados beneficios. Veremos adelante que esta apreciación no es muy fiel a los acontecimientos históricos.

Un juicio más sereno y acertado corresponde a Stanley Ross quien no deja de consignar que *El Imparcial* “marcó el principio del periodismo informativo, industrial en México”,¹¹ pero, en el contexto de su exposición completa, lo sitúa en un lugar no muy distinto del que, en páginas anteriores, dedicó a *El Siglo XIX*; es decir, lo considera la publicación en que circunstancialmente tomaron cuerpo ciertos adelantos técnicos que beneficiaron a una actividad que, esencialmente, no depende de ellos.¹²

Si *El Imparcial* había provocado un ajuste de la producción periodística y de las relaciones laborales, no alteró su función sustantiva; ni siquiera pudo evadirse de la línea de continuidad que hace del periodismo mexicano un cuerpo coherente.

Uno de los mayores problemas del general Porfirio Díaz fue el testamento periodístico de los liberales;¹³ nunca como en la República restaurada se discutió tanto y tan acerbamente en México. Díaz organizó un conjunto de acciones encaminadas a debilitar la prensa opositora. Subvencionó periódicos y periodistas venales con lo cual, además de reclutar un ejército de intelectuales que ahogaban voces disidentes, promovió disputas periodísticas con las cuales, el anciano gobernante, sofocaba no sólo las voces adversas sino también, cuando así lo decidía, las oficiales.¹⁴ En 1883, Díaz consiguió la enmienda constitucional de los artículos 6o. y 7o. a fin de suprimir los jurados de imprenta y, junto a ellos, la barrera legal que gozaron los periodistas durante la primera etapa del porfiriato; la enmienda correspondiente del Código Penal y del

¹⁰ Gabriel Zaid, “Una declaración desconocida de López Velarde”, en *Vuelta*, agosto de 1988, p. 16.

¹¹ Stanley Ross, *op. cit.*, p. XXIII.

¹² Ross escribe acerca de *El Siglo XIX*: “El progreso en el periodismo a la mitad del siglo XIX ha sido atribuido principalmente a (. . .) el empleo de la litografía; el perfeccionamiento de ciertos aparatos industriales. . .”, *ibid.*, p. XVIII.

¹³ Ma. del Carmen Ruiz Castañeda, *op. cit.*, p. 229.

¹⁴ *Ibid.*, p. 230.

Código de Procedimientos jamás tuvo lugar, por lo que quedó abierta la posibilidad de atacar a la prensa con toda clase de métodos represivos.¹⁵ La más sofisticada de las ofensivas de Díaz consistió, precisamente, en *El Imparcial*. El amparo económico que lo vio nacer provino de la suspensión de los recursos canalizados a varios periódicos oficiosos. Nemesio García Naranjo escribió en 1923 a este respecto:

Antes de que Reyes Spíndola fundase *El Imparcial*, el gobierno se veía con frecuencia en la penosa necesidad de estrangular a los periódicos de oposición. Y para evitar escándalos, algún espíritu sutil ideó matar a los diarios libres por medio de una competencia mercantil que ellos no pudiesen sostener.¹⁶

Más que un hito que hace del periodismo mexicano algo diferente al modernizarlo técnicamente, *El Imparcial* fue el brazo de un gobierno caracterizado por su inteligencia fría y oblicua y, con ello, aunque con distinciones materiales muy agudas, es un ejemplar más de lo que la prensa mexicana ha sido desde su nacimiento: un lugar de ideas.¹⁷ El espectáculo de la aparición de esas ideas y de los actos humanos ceñidos a ellas, cerró la suerte de *El Imparcial*. Al triunfo de Madero, la Secretaría de Hacienda compró el periódico sin mudar uno solo de sus redactores: la fe democrática de Madero se opuso, como en tantos otros momentos, a la voluntad de los integrantes del Partido Antirreleccionista, quienes pedían ahogar la propaganda contra el gobierno agazapada en el diario adquirido. Podemos reconocer, junto a la investigadora Blanca Aguilar, que la costumbre de *El Imparcial* fue de prosternarse ante el gobierno en turno —excepto el maderista— hasta su debilidad absoluta: sirvió a Huerta en la persona de Díaz Mirón; al mandato transitorio del licenciado Francisco Carbajal en las manos de Manuel Puga y Acal, hasta la huída frente al avance del Ejército Constitucionalista.¹⁸ Más que la economía, la política parece determinar este destino y sujetarlo al conjunto de destinos que dan coherencia al periodismo mexicano.

¹⁵ *Ibid*, p. 231.

¹⁶ Citado en Blanca Aguilar, *op. cit.*, p. 85.

¹⁷ "Como Reyes Spíndola se movía muy cercanamente al Jefe Máximo, era más fácil para él saber por dónde venían los golpes y hacia dónde debía tirarlos. Rara vez fallaba al blanco. Díaz era, además, muy hábil para estos asuntos: sugería, proponía y enfrentaba lejos de sí mismo a los que podían dañar su prestigio, su imagen de; relegaba responsabilidades cuando de eliminar competidores se trataba. A este juego se presto mucho el periódico oficial, o "semioficial" como le llamaron algunos", *ibid*, pp. 84-85.

¹⁸ En esta comedia el fin no tardó: ". . . Palavicini se encargó de la publicación a partir del 13 de agosto de 1914. Pero dos días después, Jesús Urueta pasó a controlar el diario, por órdenes de los jefes revolucionarios. El 17 apareció el último número". Francisco Tapia, "Cara y Cruz de un periodista mexicano", en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas*, jul-sep. 1982, p. 126.

Ronda de los equívocos: El Universal

Se ha querido ver en *El Imparcial* el origen de un linaje y, en *El Universal*, uno de sus descendientes. Además de la fe en la industria, una delgada, casi fugaz línea biológica los une: antes de morir, *El Imparcial* fue dirigido por Félix F. Palavicini hasta que el constitucionalismo decretó la desaparición del periódico (agosto de 1914). Después de servir a Carranza en su gabinete y en sus recursos informativos,¹⁹ Palavicini se entregó a la tarea de fundar un diario. Con este propósito reunió:

a varios amigos políticos para formar una sociedad y recabaron 80 mil pesos oro nacional. Entre los accionistas estaban Manuel Amaya, Luis Cabrera, Pascual Ortiz Rubio, Nicéforo Zambrano y el empresario Rafael Sánchez Viesca, interesado en concesionar la sección de avisos. Según palabras del propio Palavicini, el gobierno de Carranza no proporcionó un solo peso para la fundación del diario capitalino: *El Universal*, que apareció el 1.º de octubre de 1916.²⁰

Gabriel Zaid piensa que “el proyecto de Palavicini era remplazar *El Imparcial*” en tanto “diario industrial”.²¹ Tal afirmación debe matizarse a la luz de un par de aspectos: la personalidad de Palavicini y la presencia pública de *El Universal* —aspecto para cuya documentación Zaid mismo nos ofrece juicios valiosos.

El combatiente de las ideas que se había manifestado en Palavicini desde que ocupó la dirección de *El Antirreleccionista* cuando éste último se convirtió en diario, hasta que su desacuerdo con la relección de Obregón en 1927 a través de *El Pensamiento*, periódico fundado por él mismo, le valió la prisión y el destierro,²² no se ausentó de *El Universal*. Este diario se convirtió en el conducto de lo que Zaid llama “el civilismo (*sic*) de Palavicini, su militancia por una sociedad abierta, su fe en la imprenta y en la vida pública. . .”²³ El multicitado artículo de Zaid se ocupa de la publicación en las páginas de *El Universal* (20 junio 1917)

¹⁹ Ocupó la Oficialía Mayor y la titularidad de la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes; acompañó al Primer Jefe a Veracruz, donde editó *El Pueblo*; Carranza lo designó responsable de los periódicos de la Revolución hasta que el 26 de septiembre de 1916 se apartó del gabinete carrancista en virtud de las diferencias que hubo entre Carranza y Obregón por la presencia del periodista en el Constitucionalismo (aunque Zaid señala que la razón decisiva fue la presentación de Palavicini como candidato al Congreso Constituyente de 1917). F. Tapia, *op. cit.*, pp. 126-127.

²⁰ *Ibid.*, pp. 127-128.

²¹ G. Zaid, *op. cit.*, p. 16.

²² F. Tapia, *op. cit.*, pp. 130-131.

²³ G. Zaid, *op. cit.*, p. 16.

de una encuesta que recoge las opiniones de "24 personalidades del mundo cultural" acerca de la posible participación mexicana en la guerra europea. Ramón López Velarde, por ejemplo, se pronuncia por el apoyo a los aliados, mientras que Julio Torri, con fino desenfado, se declara "ultra-aliadófilo"; opiniones divulgadas ante un gobierno favorecedor de la neutralidad, cuando no abiertamente hostil a los norteamericanos. Esta actitud independiente no debe extrañar, dice Zaid, si recordamos el espíritu parlamentario de aquellos años.

El Universal presenta a su director (11 julio 1917) como el hombre que "al fundar su gran diario, ha encabezado una organización política civilista que ha tenido el valor de enfrentarse con el naciente militarismo en la última contienda civil de México".²⁴

Si este alegato se encamina a proponer la permanencia en *El Universal* (y en toda industria periodística) de las ideas como fundamento de su existencia, no debe confundirse su propósito con el de defender otra permanencia: la del periodista romántico cuya tragedia lo condena a defender, solitariamente, sus más caros ideales, siempre amenazado por los emisarios de la maldad y de la bajeza humanas que se niegan a abandonar su potestad sobre la tierra. El rasgo fundamental del periodismo permanece a pesar de los embates tecnológicos y de la ampliación de la esfera económica a todas las actividades humanas, pero su aspecto sí cambia. Reconocer ese cambio no compromete la existencia del rasgo fundamental. Así, en el caso de Palavicini, debemos identificar un combatiente de ideas integrado a la disputa política en un país convulso.²⁵ Algo similar fue Reyes Spíndola: ambos apostaron por una idea, un hombre; un estado de cosas; en última instancia, apostaron por un modo particular de estar en la historia. Ni simpatías ni diferencias particulares pueden invalidar una actividad humana más allá de toda diferencia y simpatía; antes bien, corroboran las posibilidades intelectuales que permiten simpatizar y disentir, propias de cualquier hombre que alguna vez, en alguna pági-

²⁴ *Id.* Además sabemos que sus artículos contra el militarismo mexicano provocaron la ira de los generales contra *El Universal*. A raíz de la publicación de "Las prerrogativas de las águilas", artículo de Gonzalo de la Parra fechado el 29 de febrero de 1917, los afectados intentaron comprar el periódico, lo clausuraron 18 días y enjuiciaron políticamente a Palavicini. F. Tapia, *op. cit.*, p. 128.

²⁵ Hago este apunte para una revisión posterior. Palavicini sirvió a Carranza (luego de su renuncia, su identificación con Carranza fue manifiesta: en su carta de separación ratifica al Primer Jefe la fidelidad de su servicio político), éste, a su vez, lo defendió como responsable de los periódicos de la Revolución a pesar de la renuncia del ministro de Gobernación, Rafael Zubarán, y del subsecretario de Justicia, Manuel Escudero, medidas de protesta contra Palavicini. Porfió en su defensa a pesar de Obregón mismo —¿o contra Obregón?—. Más tarde, desde las páginas de *El Pensamiento*, Palavicini, luego de haber salido de *El Universal* donde su nombre cayó en el silencio absoluto por orden de Miguel Lanz Duret, se opuso a la reelección de Obregón y alenó a Arnulfo Gómez y a Francisco Serrano; como consecuencia, después del asesinato de Serrano, sufrió prisión antes de partir a un cálido exilio en Cuba. F. Tapia, *op. cit.*, pp. 127, 130-131.

na periódica, haya contribuido a la expresión de alguna idea.

La apuesta particular de Spíndola y, en menor grado, la de Palavicini, parecen desafortunadas, comprensiblemente desafortunadas si consideramos la novedad relativa de sus tiempos: el fin de un régimen, el incierto inicio de otro. Pero a pesar de ese infortunio —más personal que comunitario—, al apostar por un hombre o una facción en una disputa de hombres y facciones, no clausuraron definitivamente la oportunidad de apostar, aunque sí dificultaron ese ejercicio.

Continuidad de una tradición histórica

Junto al impacto de *El Imparcial* y *El Universal* y, por supuesto, luego de la declinación de ese impacto, ocuparon el escenario varias publicaciones periódicas que continuaron y afirmaron vigorosamente la tradición histórica del periodismo mexicano. Estas publicaciones eran:

una importante fuente de noticias contemporáneas, así como un cauce para la expresión de opiniones y para la publicación de material documental, de memorias, y de material histórico polémico.²⁶

Desde los primeros órganos de los clubes liberales hasta la entrevista Díaz-Creelman, el ejercicio periodístico fue un catalizador decisivo del proceso revolucionario. Diego Arenas Guzmán ha observado que la rebelión maderista nació bajo el signo de la imprenta.²⁷

Nunca la actividad periodística fue tan nerviosa. Alejados de ese vendaval, podemos contemplar la permanencia orgullosa de la proposición, la discusión y el rechazo de las ideas, así como su identidad francamente periodística. La extensión de esa permanencia, no siempre tan alta y noble como su origen, las más de las veces baja e irracional, es el expediente de persecuciones, prisiones, destierros y asesinatos; atentados y amenazas, censores, lectores ávidos no pocas veces clandestinos; indignación ciudadana, risas, amarguras y furias populares; conspiraciones...²⁸

Puede concluirse que una línea continua cruza toda la historia del periodismo mexicano. Ross lo dice así:

(. . .) durante todo el siglo XIX el diarismo político polémico mantuvo un dominio indiscutible. Desde la Independencia hasta la Revolución, el periodismo fue el 'orientador de la sociedad, así como

²⁶ S. Ross, *op. cit.*, p. XXVI.

²⁷ *Ibid.*, p. XXV.

²⁸ *Cfr.*, M. Ruiz Castañeda, *op. cit.*, pp. 244-246.

la sociedad lo fue del periodismo' (Amor Stein Geifman). Un periodista definió al periodismo político como 'el arte de educar a las multitudes para leer, pensar o juzgar sobre sucesos contemporáneos' (F. Ibarra de Anda). Y ciertamente no se carecía de medios de orientación. El lector cuidadoso o partidista podía escoger entre periódicos monárquicos o republicanos, federalistas o centralistas, liberales o conservadores. Y la lista de colaboradores sugiere quiénes eran los hombres más sobresalientes de las letras, ideólogos y líderes políticos.²⁹

Esto no significa que la tradición periodística en México sea sinónimo de periodismo político. Si alegamos que la discusión de ideas —en este caso, una discusión de corte político— revela la existencia de una línea que corre a lo largo del periodismo mexicano, hacemos eso y no otra cosa; es decir, no debe deducirse que la coherencia de nuestro periodismo sea la discusión política, sólo debe entenderse que por ella observamos la congruencia de una actividad humana y que, por esa congruencia, nos vemos autorizados a suponer un fundamento, ése sí, razón y principio de la tradición periodística, ya se exprese en su modalidad de periodismo político, ya cultural, ya social. . . Si hasta aquí los argumentos han pertenecido a la esfera del debate político, es porque la tradición periodística se revela con mayor intensidad en los momentos de mayor agitación social y, por ende, de mayor circulación de ideas. Andrés Henestrosa y José Fernández de Castro así lo reconocen para toda Hispanoamérica:

Y no parecerá extraño que el periodismo de nuestros países haya adquirido su máximo impulso en los días en que éstos bregaban por su independencia y, en épocas posteriores, cada vez que una gran aspiración sacude y estremece el alma popular.³⁰

Algo similar ha ocurrido en la literatura, además de que muchas de sus páginas tienen una estrecha y diversa relación con las páginas periódicas; se diría que entre nuestros diarios y la prosa de nuestros "civilizadores", existen vasos comunicantes que no se limitan al formato de su impresión.³¹

En nuestro país la imprenta es más profunda si pensamos que el siglo pasado fue una sucesión de agitaciones. El periodismo lo consigna en

²⁹ S. Ross, *op. cit.*, p. XVII.

³⁰ Andrés Henestrosa y José Fernández de Castro, *Periodismo y periodistas en Hispanoamérica*, pp. 8-9.

³¹ José Luis Martínez, *Unidad y diversidad de la literatura latinoamericana*, pp. 48-53

sus páginas al mismo tiempo que lo asimiló de tal modo, que hizo indiscernible la actividad estrictamente informativa, del ejercicio del pensamiento frente a la realidad reseñada. En esto estriba la solidez de la tradición periodística mexicana, la prueba de su fundamento y de su legítimo lugar entre las actividades cuya preocupación central es el hombre.

Proposición de un acuerdo

Acudimos a una evidencia para justificar la revisión del periodismo al margen del recuento de sus adelantos materiales y del contenido específico de sus diatribas políticas: el periodismo no sólo es el resultado del acto de informar, sino el ejercicio cotidiano del pensamiento frente a la realidad histórica, es la construcción arbitraria de un *presente*; en el centro de su producción está *el hombre*, de modo que el periodismo resulta una forma peculiar de las actividades humanas cuya preocupación primera es el estado y el destino del hombre. En sus páginas habita, en este siglo como nunca antes, un inmenso diálogo en el que participan hombres diversos separados por el tiempo, el espacio y las convicciones, pero reunidos alrededor de unos cuantos temas centrales de la cultura humana. Un diálogo inmenso de *presentes*.

Si en el centro de esta actividad reside el hombre, el procedimiento más adecuado para intentar un estudio de su desarrollo, es el que aborda, como un complejo de relaciones indisolubles, las ideas expresadas en sus páginas, su carácter estrictamente periodístico, los hombres que las produjeron, y la historia en que se produjeron; además del diálogo de un complejo de relaciones con otro (apunto que el diálogo del periodismo no se limita a su interior: sus palabras abarcan otros dominios de la presencia humana y, en ellos, deja y recoge ideas).

Ortega y sus epígonos

José Ortega y Gasset propuso la idea de las generaciones como método de investigación histórica. Entre nosotros, Wigberto Jiménez Moreno, Luis González y Enrique Krauze han seguido la propuesta. La empresa ha sido fructífera por cuanto, al margen de datos y cifras, ha contribuido a ver en la historia el escenario en que se desenvuelve la vida del hombre como un cuerpo coherente y, en consecuencia, la prueba de la cualidad humana común a todos los hombres.³² Por estos beneficios recurrimos

³² Erich Kahler relaciona el concepto de humanidad como un conjunto coherente, y el de historia como la evolución lógica de la humanidad; uno es correspondencia del otro. La inexistencia

al enfoque generacional. Más que la aritmética de la que se vale Ortega para situar a Descartes como “epónimo de la generación decisiva”,³³ y que lo acerca a lo que antes rechazara, a saber: que la edad no es una cifra sino un modo de vivir,³⁴ y que generación no es genealogía;³⁵ antes que la matemática de Ortega, prefiero la sensibilidad que lo condujo a escribir con lucidez extrema:

(. . .) las transformaciones de orden industrial o político son poco profundas: dependen de las ideas, de las preferencias morales y estéticas que tengan los contemporáneos. Pero, a su vez, ideología, gusto y moralidad no son mas que consecuencias o especificaciones de la sensación radical ante la vida, de cómo se sienta la existencia en su integridad indiferenciada. Esto que llamamos ‘sensibilidad vital’ es el fenómeno primario en historia y lo primero que habríamos de definir para comprender una época.³⁶

Para el entendimiento de ese “fenómeno primario”, el instrumento de estudio indicado no es ni la biografía de héroes, ni la descripción de los movimientos de una masa. Aventuro: ni la historia romántica ni aquella que se sometió, al iniciar este siglo, a la fascinación de las multitudes. Entre ambos polos, Ortega propuso la *generación*. Asamblea de hombres que a más de compartir la edad y el espacio, tienen un contacto vital.³⁷

Lo que distingue (a la generación) es un cierto aire de familia, la marca de convivialidad, actitudes comunes, creencias profundas más allá de las diferencias ideológicas. Una generación es un grupo de hombres en los que algún acontecimiento histórico importante ha dejado una huella, un campo magnético en cuyo centro existe una experiencia decisiva. Es un ethos peculiar que, impreso en la juventud, se arrastra colectivamente toda la vida, un modo de afirmar la individualidad frente a los padres culturales, de rechazar y continuar una herencia.³⁸

tencia de esta relación indisoluble es lo que llama “El problema básico de nuestro tiempo”, *Historia Universal del Hombre*, pp. 13-22.

³³ José Ortega y Gasset, *Esquema de la crisis*, pp. 37-42.

³⁴ *Ibid*, p. 18.

³⁵ *Ibid*, pp. 26-27.

³⁶ J. Ortega y Gasset, *El tema de nuestro tiempo*, pp. 11-12.

³⁷ J. Ortega y Gasset, *Esquema de la crisis*, pp. 12-13.

³⁸ E. Krauze, “Cuatro estaciones de la cultura mexicana”, en *Caras de la historia*, pp. 125-126.

Conviene adelantar que una generación no es homogénea; en ella, a pesar de la “común filigrana”, existen pugnas y antagonismos,³⁹ o mejor, como ha visto Krauze, matices que autorizan a hablar de “promociones” dentro de una misma generación.⁴⁰

Pero todo esto es relevante si, aplicado al periodismo, puede afirmarnos en las siguientes convicciones: que el periodismo no pertenece al archivo de la “necesidad humana” o de la “reproducción material” donde el hombre deja testimonio de su *ingenio* para resolver cuestiones de la vida material; que el periodismo es fruto del *genio* del hombre y por tanto, en su desarrollo podemos distinguir la existencia y la sucesión de “sensibilidades vitales”; que por esa sucesión el periodismo es un diálogo continuo de voces que no interrumpen, antes afirman la continuidad de su conversación y la prolongan.

En ese diálogo participan varias generaciones que, a pesar de la diferencia de sus palabras, conforman una tradición. Las interlocuciones de ese diálogo aparecen como una voz celosa de afirmación fascinada por la disidencia y el cisma, pero en el camino a la invención de su presente y su futuro, los bríos se revierten y reconquistan un pasado.⁴¹ Cada nueva palabra es, en última instancia, ¿o por principio?, una reafirmación de continuidad. En este movimiento la generación actúa decisivamente. Otea la obra de los hombres que la precedieron para sucederla como una nota musical sucede a otra, como un vocablo sigue a otro en el poema: ambas imágenes acentúan la “necesidad” de la palabra o del sonido por venir, pero salvan su maravillosa imprevisibilidad, su tono libertario que puede ser el del discípulo fiel, el del iconoclasta, el del hijo ingrato, rebelde o pródigo; siempre el tono de una misteriosa continuidad que más que afirmar a las generaciones en su soledad y sin confundirlas— las reúne en un concilio donde celebran la cualidad humana común a todos los hombres de que se valió Erich Kahler, por sugerencias de Max Scheler, para escribir su célebre historia universal.

Dos tensiones en la generación

El enfoque generacional se somete a dos tensiones que, aunque complementarias, se mueven en sentidos divergentes; una prevalece sobre la otra según la voluntad del historiador.

Por una de esas tensiones —llamémosla sincrónica—, el historiador es-

³⁹ J. Ortega y Gasset, *El tema de nuestro tiempo*, p. 14.

⁴⁰ Véase la aplicación de esta idea en el ensayo arriba citado de E. Krauze.

⁴¹ *Cfr.*, Octavio Paz, *et al.*, *Poesía en movimiento*, pp. 3-34.

cribe el capítulo biográfico de la generación en su propio complejo de circunstancias, traza un cuadro de familia; sus instrumentos son los más comunes en el oficio historiográfico, al menos moderno: busca la obra material e intelectual de los miembros de la generación, los interroga, persigue a sus familiares y amigos, profana sus archivos personales, reconstruye las ramas inmediatas de su árbol genealógico, las circunstancias de su tiempo,⁴² diseña cuestionarios que permitirán definir inclinaciones, preferencias, aversiones, deseos. . .⁴³ La otra tensión, por así designarla, diacrónica, permite situar la generación entre otras generaciones a fin de valuar su lugar, polemiza acerca de su ascendiente y adivina su herencia; más que ver en las generaciones un conjunto de hechos, nombres y fechas, contempla un enjambre de signos: es esencialmente una discusión que se ocupa del sitio del hombre en un contexto nacional, como aquí se pretende y como pretendieron mis fuentes más cercanas, o en un contexto universal como quiso Ortega.⁴⁴ Por obra de este uso metodológico, la presencia de una generación siempre es redefinible; la biografía colectiva es, en principio, una forma cifrada de la autobiografía generacional. Una historia del periodismo mexicano a la luz de algunas orientaciones del enfoque generacional, confirmaría el derecho a pensar en el periodismo como un cuerpo coherente que ocupa un sitio legítimo entre las actividades con que el hombre se interesa por sí mismo, a la vez que distinto a todas ellas por propósito, recursos, historia y modo.

⁴² Para un modelo, *cfr.*, E. Krauze, *Caudillos Culturales de la Revolución Mexicana*.

⁴³ *Cfr.*, Luis González, *La ronda de las generaciones*, pp. 6-7.

⁴⁴ En *El tema de nuestro tiempo*, Ortega continúa su reflexión sobre las generaciones con una consideración sobre el cambio de la sensibilidad histórica que vive Occidente. Esta reflexión de amplio aliento se mezcla con otra estrictamente nacional pero, a fin de cuentas, correspondiente de aquella: la de la sensibilidad histórica –y la traición a esa sensibilidad– de la generación de españoles de la Guerra Civil. Esta inquietud emocional e intelectual, no es solitaria. *Cfr.*, el estudio introductorio de Juan Marichal a las *Obras* de Manuel Azaña, editadas en México por Oasis, 1966.